

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Nueva Revista de Filología Hispánica

ISSN: 0185-0121

nrfh@colmex.mx

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

México

Corral, Rose

"RECUERDOS DEL ADOLESCENTE" (1922) NOTAS SOBRE UN FRAGMENTO RECUPERADO DE
EL JUGUETE RABIOSO

Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. LVII, núm. 1, enero-junio, 2009, pp. 231-247

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60221021010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“RECUERDOS DEL ADOLESCENTE” (1922)
NOTAS SOBRE UN FRAGMENTO RECUPERADO
DE *EL JUGUETE RABIOSO**

Hace treinta y cinco años, en 1973, la revista *Los Libros* daba a conocer un capítulo desconocido de la primera novela de Roberto Arlt, *El juguete rabioso*, publicada en octubre de 1926 por la Editorial Latina¹. El texto, titulado “El poeta parroquial”, que había aparecido en 1925 en la revista de vanguardia *Proa* dirigida por Jorge Luis Borges, Alfredo Brandán Caraffa, Ricardo Güiraldes y Pablo Rojas Paz, era presentado como un “capítulo de la novela *Vida puerca* que aparecerá próximamente”². Este anticipo fue suprimido finalmente por el autor y el áspero título inicial se transformó en uno menos violento o directo: *El juguete rabioso*³. La cercanía de Arlt con Ricardo Güiraldes

* Una primera versión de este trabajo fue leída en el XIII Congreso Nacional de Literatura Argentina organizado por la Universidad Nacional de Tucumán (Argentina), del 15 al 17 de agosto de 2005. Agradecemos a la hija del escritor, Mirta Arlt, por permitirnos reproducir “Recuerdos del adolescente”, el primer fragmento de *El juguete rabioso* publicado por Roberto Arlt en la revista *Babel*, en 1922.

¹ *Los Libros* (Buenos Aires), marzo-abril de 1973, núm. 29, 20-21.

² Cf. “El poeta parroquial”, *Proa*, mayo de 1925, núm. 10. Hay que decir que el capítulo tiene poca relación con la trama de la novela tal como se publicará al año siguiente. Un personaje, Juan, secretario de una biblioteca, invita a su amigo, el narrador (no nombrado), a visitar a un famoso poeta del barrio de Flores. Durante la entrevista, relatada con ironía, el poeta, cuyo retrato había aparecido en la revista de gran tiraje, *El Hogar*, y que también publica en *Caras y Caretas*, propone ayudar al narrador, quien confiesa escribir “prosa”. Esta visita de los dos jóvenes al “poeta parroquial” recuerda sobre todo el “aguafuerte porteño” que Arlt dedicará algunos años después al escritor Juan José de Soiza Reilly a quien el joven Arlt visitara en su adolescencia y el que le publicó su primer relato, “Jehova”, en la *Revista Popular*. Véanse el aguafuerte “Éste es Soiza Reilly” y un fragmento de “Jehová” en ROBERTO ARLT, *Croníón de sí mismo*, Edicom, Buenos Aires, 1969, pp. 63-69. Otro capítulo de la novela, también publicado por *Proa*, “El rengo” (marzo de 1925, núm. 8), pasará, éste sí, a la novela.

³ Aunque algunos estudiosos de Arlt se refieren a *La vida puerca* o, incluso, como ELÍAS CASTELNUOVO –quien tuvo, como se verá, el manuscrito en sus manos– a *De la vida puerca* en sus *Memorias* (Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1974, p. 134), en la revista *Proa*, que pudimos consultar, se anuncia como *Vida puerca*. La

–a quien Arlt dedica la primera edición de la novela⁴– explica su presencia en las páginas de *Proa*. Francisco Luis Bernárdez, años después colaborador como Arlt del periódico *El Mundo*, es uno de los pocos testigos que se ha referido a la presencia asidua de Arlt en las reuniones que organizaban Güiraldes y su esposa, Adelina del Carril, en el Hotel Majestic de la Avenida de Mayo⁵. Sorprende hoy lo ecléctico de estas reuniones en donde participan tanto jóvenes identificados con la vanguardia (el grupo de Florida) como algunos de los escritores comprometidos con la denuncia social, el grupo que se conoce como de Boedo. La amplitud de miras de Güiraldes y su generosidad con todos explican que en una carta suya de 1925 se refiera (pensando tal vez en el propio Arlt) “a los muchachos de Boedo, apocalípticos, vomitadores de insultos gordos, de los cuales tal vez alguno surja fuertemente un día”⁶. Pero es más difícil saber qué tanto influyó o intervino el autor de *Don Segundo Sombra*, a quien Arlt leyó la novela, en los

expresión aparece en una sola ocasión, en el tercer capítulo de la novela, cuando Astier ha sido despedido de la Escuela Militar de Aviación y piensa en el regreso a casa y en la penosa vida de su madre y hermana: “¡Ah, es menester saber las miserias de esta vida puerca, comer el hígado que en la carnicería se pide para el gato, y acostarse temprano para no gastar el petróleo de la lámpara!” (*El juguete rabioso*, ed. R. Gnutzmann, Cátedra, Madrid, 1985, p. 179). Todas las citas de la novela se harán según esta edición. Este calificativo, alejado de toda compasión por la miseria y no tan usual finalmente en la obra de Arlt, reaparecerá en boca de Haffner, el Rufián Melancólico de *Los siete locos*: “¿Sabe que es interesante lo que cuenta? [Le dice al Buscador de Oro] Poniendo que no exista oro, aquello es siempre más divertido que esta puerca ciudad” (*Los siete locos y Los lanzallamas*, ed. crit. M. Goloboff, ALLCA XX, Paris, 2000, p. 171).

⁴ “A Ricardo Güiraldes: Todo aquel que pueda estar junto a Ud. sentirá la imperiosa necesidad de quererlo. Yle agasajarán a Ud. y a falta de algo más hermoso le ofrecerán palabras. Por eso yo le dedico este libro”. Al fallecer Güiraldes en 1927, la dedicatoria desaparece en la 2^a ed. de *El juguete rabioso* (Claridad, Buenos Aires, 1931). Hay otro testimonio de gratitud y afecto de Arlt hacia Güiraldes. Se trata del texto que se iba a publicar en 1927 en el último número de la revista de vanguardia *Martín Fierro*, el número 45, que sería dedicado por entero a Güiraldes que acababa de morir. En el Iberoamerikanische Institut de Berlín se encuentra la carta escrita a máquina por Arlt y dirigida a Evar Méndez, director de *Martín Fierro*. Cito un fragmento del texto de Arlt: “Todos te queríamos mucho. A veces nos imaginábamos que estabas solo e indefenso, para tener la dichosa ilusión de salvarte la vida y ser héroes ante tus ojos... Llevabas a don Segundo en tu gran corazón. Nosotros muchachos cínicos y desgastados de esta ciudad sombría te llevamos a vos: el señor don Ricardo Güiraldes”.

⁵ Véase el Prólogo que escribe Bernárdez para las *Obras completas* de RICARDO GÜIRALDES (Emecé, Buenos Aires, 1962, p. 11). Unos años después, en una nota periodística dedicada a Arlt, BERNÁRDEZ se refiere de nuevo a las reuniones con Güiraldes en donde participaban también Borges, los hermanos González Tuñón y otros jóvenes escritores (“Arlt”, *Clarín*, 26 de febrero de 1970).

⁶ Véase HÉCTOR RENÉ LAFLEUR, SERGIO D. PROVENZANO y FERNANDO P. ALONSO, *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968, p. 92.

cambios finales del texto⁷. Además de su conocida costumbre de leer cuentos y fragmentos de sus novelas en lugares públicos (cafés, lecherías), atento a las reacciones de su público, Arlt dio también a leer su primera novela, como se verá más adelante, a varios posibles editores, Elías Castelnuovo, de la editorial Claridad y Samuel Glusberg, director de la revista *Babel* (y de la editorial del mismo nombre), que le hicieron críticas y, por distintas razones, rechazaron el manuscrito. Lo que queda claro es que la novela pasó por distintas etapas y que el autor fue revisando y modificando el manuscrito hasta su publicación en 1926.

En 1997, al estudiar precisamente la revista *Babel* (1921-1951), Horacio Tarcus descubre en sus páginas otro fragmento de la novela de Arlt, titulado “Recuerdos del adolescente”⁸. Publicado en 1922, se trata sin duda del primer anticipo de la novela que Arlt da a conocer. *Babel* se refiere a una “novela en preparación”, sin título todavía, y aparece firmada por Roberto G. Arlt⁹. En 1920 Arlt había publicado ya con el nombre de “Roberto Godofredo Arlt” uno de sus primeros textos –un texto híbrido, mezcla de relato autobiográfico, ensayo y ficción– “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”¹⁰. Este hallazgo viene a confirmar lo que el propio Arlt había afirmado en una de sus “autobiografías” publicada en 1929: “A los 22 años escribí *El juguete rabioso*, novela. Durante cuatro años fue rechazada por todas las editoriales”¹¹.

⁷ BERNÁRDEZ escribe en el testimonio publicado en *Clarín*: “No sé qué pensó Güiraldes cuando, días después, mi nuevo amigo le leyó *El juguete rabioso*. Lo que sí recuerdo es que, interesado por quien había escrito tan fuertes páginas, lo retuvo un tiempo como secretario suyo...”. Otro testimonio en torno a la amistad con Güiraldes es el que escribe ÁLVARO YUNQUE en la revista *Nosotros*, con motivo de la muerte de Arlt: “Después, Arlt se encontró con Ricardo Güiraldes, el reflexivo, el sutil, el educado, flor de civilización –su antítesis. Urbanismo en Güiraldes, suburbio en Arlt. Aquél pulió y aconsejó al muchacho mucho menor. Hasta le enseñó ortografía. Arlt cogió de su generoso, improvisado maestro la técnica, lo exterior del oficio. Lo demás, el alma bravía, pintoresca, anárquica de sus libros, siguió encontrándola en la vida, dándose tropezones con la humanidad canalla y sufriente” (julio de 1942, núm. 76, p. 113).

⁸ HORACIO TARCUS, “*Babel*, revista de arte y crítica (1921-1951)”, *Revista Lote. Mensuario de Cultura*, noviembre de 1997, año 1, núm. 7, pp. 6-9. Tarcus sólo ofrece escuetamente el dato, sin dar a conocer el texto. En una de nuestras visitas a la Fundación Bartolomé Hidalgo en Buenos Aires pudimos leer “Recuerdos del adolescente”. Las fotos digitales del texto de Arlt y del índice de la revista que acompañan este trabajo provienen de dicha Fundación.

⁹ ROBERTO ARLT, “Recuerdos del adolescente”, *Babel* (Buenos Aires), enero de 1922, núm. 11, p. 152.

¹⁰ Publicado en *Tribuna Libre* (Buenos Aires), 28 de enero de 1920. La edición de la *Obra completa de ARLT* (Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1981, t. 2, pp. 9-35) lo reproduce en su totalidad.

¹¹ ROBERTO ARLT, “Autobiografía”, publicada junto con el relato “El humillado” [en realidad, un capítulo de la novela *Los siete locos*], en *Cuentistas argentinos de hoy*,

Este comentario será sin embargo matizado, dos años más tarde, en 1931, en la “Nota editorial” que acompaña la segunda edición de la novela que publica la editorial Claridad. Arlt ofrece ahora *otra* versión, más precisa, sobre el proceso de escritura de la novela y sobre los distintos rechazos que recibió:

El juguete rabioso fue escrita en distintas etapas. El último capítulo a mediados del año 1924, cuando una editorial organizó un concurso. El primer capítulo en el año 1919... Como dije, presenté esta novela a mediados del año 1924, a una editorial cuyo director la rechazó con una serie de razonamientos más o menos ingeniosos. El autor archivó entonces el libro escrito a máquina... ah... no... mejor dicho... ese mismo año la presentó a otra editorial, cuyo editor también la rechazó, pero esta vez no en nombre de la literatura ofendida, sino de las economías maltrechas¹².

A pesar de la búsqueda pertinaz de concursos y premios, que parecían ser los medios que ofrecían una posibilidad real de publicación, una búsqueda que emprende muy pronto Arlt, por lo menos desde 1924, sus andanzas editoriales se convierten en una larga lista de postergaciones. Se sabe con certeza que uno de los rechazos fue el de Elías Castelnuovo, miembro del grupo de Boedo y amigo de Arlt, quien dirigía entonces la colección “Los Nuevos” de la editorial de izquierda, Claridad. La editorial Proa, dirigida por Güiraldes, se interesó en publicar la novela, pero en este caso, como indica Arlt, fueron problemas financieros los que impidieron su publicación¹³. Finalmente, Arlt presentó la novela en un concurso organizado por la editorial Latina: “Uno de los jurados que constituía la comisión era Enrique Méndez Calzada, quien influyó, simplemente por simpatía al autor y a su obra, para que la novela fuera editada, y después de muchas esperas y discusiones al respecto, fue editada, por fin, en el año de 1926”¹⁴.

Al frente de esta segunda edición de la novela, y ante la recepción muy favorable que tuvo entre los jóvenes escritores de su generación *El juguete rabioso*, lo que parece interesarle a Arlt en 1931 es

comp. J.G. Miranda Klix y A. Yunque, Claridad, Buenos Aires, 1929. Reproducida en MIRTA ARLT Y OMAR BORRÉ, *Para leer a Roberto Arlt*, Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1985, p. 217.

¹² “Nota editorial”, *El juguete rabioso*, 2^a ed., Claridad, Buenos Aires, 1931.

¹³ Según se desprende de las *Memorias* de Castelnuovo ya citadas (p. 134), Arlt le hubiera dado también a leer el manuscrito de su novela al editor Manuel Gleizer, quien publicó a varios de los jóvenes escritores del momento: Borges (*El idioma de los argentinos*, *Evaristo Carriego*), Leopoldo Marechal (*Días como flechas. Odas para el hombre y la mujer*), Eduardo Mallea (*Cuentos para una inglesa desesperada*), Enrique González Tuñón (*El alma de las cosas inanimadas*) entre otros; también publicó el único número de la revista *Libra* (1929), dirigida por Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez.

¹⁴ Cf. “Nota editorial”.

el relato de las enormes dificultades que encontró en sus inicios literarios. Paralelamente a las vicisitudes de su primer héroe, Silvio Astier, y a la historia de su duro aprendizaje social, podrían narrarse también las vicisitudes por las que pasó el propio autor para ser publicado y, sobre todo, “admitido” como escritor en el espectro cultural y social de la Argentina de los años veinte. En otra breve autobiografía, publicada en 1927 en el periódico *Crítica*, pocos meses después de ver publicada, por fin, *El juguete rabioso*, Arlt reivindica su condición de autodidacta: “Me he hecho solo. Mis valores intelectuales son relativos, porque no tuve tiempo para formarme. Tuve siempre que trabajar y en consecuencia soy un improvisado y un advenedizo de la literatura”¹⁵. Como el propio Astier, que no sabe qué será de su vida y que pasa por diferentes oficios antes de escribir sus “memorias”, Arlt no sabía tampoco lo que iba a ser de su vida. En un aguafuerte porteño de 1929 (las crónicas que escribirá para el periódico porteño *El Mundo* desde 1928 hasta su muerte en 1942) que recordará su primer biógrafo Raúl Larra en 1950, Arlt se refiere a esos años inciertos:

Hubo una época en que la vida fue dura para mí, e hice, sucesivamente, los trabajos de dependiente de librería, aprendiz de hojalatero, aprendiz de pintor, mecánico y vulcanizador. He dirigido una fábrica de ladrillos; después fui, cronológicamente, corredor, director de un periodicucho y trabajador en el puerto¹⁶.

Como se verá, en “Recuerdos del adolescente”, de corte netamente autobiográfico, aparece el personaje trabajando en los suburbios de la gran ciudad como aprendiz de pintor y, poco después, como hojalatero, trabajos suprimidos en la versión final de la novela. En la “Nota editorial” ya citada, Arlt rememora la profunda incertidumbre en la que estaba sumido en los años previos a la publicación de su primera novela y los distintos horizontes que se le ofrecían: “el autor [dice hablando de sí mismo en tercera persona] no sabía entonces cuál iba a ser su camino efectivo en la vida. Si sería comerciante, peón, empleado de alguna empresa comercial o escritor. Sobre todas las cosas deseaba ser escritor”¹⁷. El poeta Conrado Nalé Roxlo, amigo de Arlt desde la adolescencia y vecino suyo del barrio de Flores, ha destacado esta temprana vocación literaria:

Para Arlt... la literatura era, sí, una cuestión de vida o muerte. Me estoy refiriendo a los años que precedieron a *El juguete rabioso*, al tiempo de

¹⁵ M. ARLT y O. BORRÉ, *op. cit.*, p. 219.

¹⁶ RAÚL LARRA, *Roberto Arlt, el torturado*, Ediciones Ánfora, Buenos Aires, 1973, p. 25 [1^a ed., 1950].

¹⁷ Véase nota 12.

formación y tanteo, a lo que podríamos llamar su prehistoria literaria. Su vida para él tenía entonces un solo sentido: ser un gran escritor¹⁸.

Un capítulo más de la historia editorial de *El juguete rabioso*, considerada hoy la novela fundadora de la modernidad literaria en el Río de la Plata, y de esta lucha emprendida por Arlt con el medio cultural y editorial de su época, tiene lugar en los meses posteriores a la publicación de la novela y es protagonizado por el periódico *Crítica* y la revista *Babel*. Parte de la contienda, reproducida en la misma revista que publicó en 1922 “Recuerdos del adolescente”, ha pasado hasta ahora inadvertida y vale la pena por lo tanto detenerse en la misma. Es ilustrativa, además, de la primera recepción crítica de Arlt en la Argentina, un autor cuya legitimidad siempre fue cuestionada. Apenas publicada en octubre de 1926, la primera novela de Arlt abrió un frente polémico. El periódico *Crítica*, en el que escribían varios de los jóvenes escritores de su generación (los primeros defensores apasionados de la novela)¹⁹, iniciaba entonces el debate reprimiendo su ceguera e ineptitud a los editores que habían tenido en sus manos el manuscrito de Arlt y no habían sido capaces de reconocer su fuerza y novedad: concretamente, el director de *Babel*, Samuel Glusberg, y el director de la colección “Los Nuevos” de la editorial Claridad, Elías Castelnuovo. Lo que publica *Babel* en febrero de 1927 es en realidad una carta abierta de Glusberg titulada “David contra Goliat” y subtitulada “*Babel* versus *Crítica*”. En ésta el director de *Babel* se defiende y ajusta cuentas con los jóvenes redactores de *Crítica*²⁰. La rectificación o aclaración de Glusberg, deslindándose de las opiniones vertidas por Castelnuovo sobre la novela de Arlt, merece citarse *in extenso*:

¹⁸ *Borrador de memorias*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1978, p. 86.

¹⁹ ARLT recuerda: “Su aparición pasó sin dejar mayores rastros en los anales de la crítica, aún cuando entre la juventud *El juguete rabioso* provocara apasionados elogios. Todavía este libro cuenta con exaltados apologistas que lo consideran superior a *Los siete locos*, cosa que de ningún punto de vista puede admitirse porque no hay comparación posible entre una y otra novela, ni desde el punto de vista constructivo, ni técnico, ni psicológico, ni artístico. Según su propio autor, *El juguete rabioso* se parece a *Los siete locos* lo mismo que una pistola antigua a una automática” (cf. “Nota editorial”, nota 12). BORGES, por cierto, sería uno de esos “apologistas”. Ya en 1929, en una entrevista, consideraba la prosa de Arlt “notable” (*La Literatura Argentina*, junio de 1929, pp. 14-15) y en varias entrevistas muy posteriores reiteraría su preferencia por la primera novela de Arlt.

²⁰ SYLVIA SAÍTNA reproduce en su biografía de Arlt el comentario de *Crítica* publicado el 22 de noviembre de 1926 que motivará la respuesta de Glusberg: “La nueva generación carecía del novelista capaz de hacernos olvidar a muchos cansados narradores actuales. *El juguete rabioso*, lleno de escenas descriptas con un realismo agudo, irónico y amargo, que alcanza en muchas páginas una conmovedora entonación lírica, marca la aparición de un recio escritor que posee, como pocos, el sentido de la novela... Toda la literatura de Boedo no cabe en tres páginas de las ciento setenta de *El juguete rabioso*” (*El escritor en el bosque de ladrillos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, p. 45).

Refiriéndose a Roberto Arlt, autor de *El juguete rabioso*, libro del que yo publiqué un capítulo en *Babel...* dice el cronista [de *Crítica*]: “Su novela fue rechazada por las editoriales Babel y Claridad cuyo asesor literario, el señor Castelnuovo, aconsejó a Arlt, coincidiendo con el de Babel, que se dedicara a la venta de legumbres”. Tampoco es auténtica esta vieja noticia de hace cincuenta o más semanas de vida literaria. El señor Arlt me trajo una novela cuando estaba ya clausurado el tercer concurso literario de Babel. Por eso no acepté presentarla a juicio de la comisión formada por Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones y B. Sanín Cano. Y así se lo dije al propio Arlt. Pero él quería conocer mi opinión y, por tratarse de un antiguo “compañero de bohemia”, me tomé el trabajo de leer su libro en el que, a decir verdad, hallé algunas cosas buenas para mi gusto, pero un exceso de pilongos adjetivos y muchas descripciones malogradas por la extensión. Con todo, Arlt sabe que si no lo encontré genial, como sus amigos más inmediatos, fui el único que le leyó todo el libro y el primero en publicarle un fragmento en *Babel*, cuando todavía no estaba concluido. Mal puede decirse pues, que coincidiendo con Elías Castelnuovo, le aconsejé a Arlt “la venta de legumbres”²¹.

Es importante la precisión de Glusberg en lo que toca a la editorial Babel, a los plazos vencidos del concurso literario, y a las demarcaciones que establece en el campo cultural de aquellos años. En cuanto a Castelnuovo, muchos años después de este episodio en torno a la controvertida publicación de *El juguete rabioso*, dedica en sus *Memorias* todo un capítulo, “El aprendiz de brujo”, a su amistad con Arlt. La versión que da del rechazo de la novela no alude a los argumentos que manejan tanto *Crítica* como Glusberg sino a otros, referentes a la calidad de la novela. Hay sin duda en Castelnuovo un afán a posteriori por justificar su rechazo, cuando la figura de Arlt –ya son los años setenta del siglo pasado– se ha convertido en un referente central de la tradición literaria argentina del siglo xx. Para ello, vuelve sobre argumentos manidos, ya esgrimidos en la época en que vivió Arlt:

Sin incluir los errores de ortografía y de redacción, le señalé hasta doce palabras de alto voltaje etimológico, mal colocadas, de las cuales no supo aclarar su significado. Había asimismo, en su contexto, dos estilos antagónicos. Por un lado, se notaba la influencia de Máximo Gorki y por el otro la presencia de Vargas Vila. También le señalé este contraste... Le dije, finalmente, que así como estaba, *De la vida puerca* [sic] no se podía publicar. Que era menester arreglar y pasar en limpio los originales.

Finalmente, Castelnuovo, que como miembro del grupo de Boedo defiende un concepto social de la literatura por lo visto bastan-

²¹ SAMUEL GLUSBERG, “David contra Goliat. *Babelversus Crítica*”, *Babel* (Buenos Aires), febrero de 1927, núm. 22, p. 8.

te limitado, critica incluso el cambio de título de la novela, debido según él a Güiraldes: “[Arlt] le llevó la obra después a Ricardo Güiraldes, quien se encargó de proceder a su profilaxis con tal rigor que hasta le cambió un título claro y contundente, de proyección social, por otro bastante turbio, carente por completo de claridad y de contundencia”²².

“Recuerdos del adolescente” presenta un indudable interés para visualizar una etapa temprana de la escritura de la primera novela de Arlt. Como no han quedado manuscritos, notas o apuntes del escritor, todo este material que rastrea con empeño la crítica genética, el fragmento de *El juguete rabioso* rescatado constituye un valioso hallazgo. Para ver cómo avanza la escritura de Arlt, el trabajo al que somete sus textos, sólo es posible comparar las distintas versiones publicadas de un mismo relato o cotejar los anticipos de novelas que aparecieron en revistas de la época²³. Los estudios actuales de genética insisten en la peculiar “geografía textual” que ofrece la lectura de manuscritos, pre-textos o versiones descartadas, una materia en gestación, con cambios, bifurcaciones, en diálogo siempre con los textos finalmente publicados. En contra de la perspectiva clásica de la edición crítica, una perspectiva finalista que privilegia la versión definitiva y el texto como algo cerrado, aquélla permite apreciar “formaciones textuales divergentes”. Frente a lo que llama Raymonde Debray-Genette el “fetichismo del texto final”, se trata entonces de pensar los borradores, manuscritos o primeras versiones en términos de diferencia²⁴.

¿Qué nos dice, en este sentido, este anticipo de *El juguete rabioso*? Se trata de una primera versión del inicio del segundo capítulo de la novela que llevará por título “Los trabajos y los días”, en alusión al texto de Hesíodo. Como dijimos, cuando Arlt publica este fragmen-

²² *Memorias*, p. 134.

²³ RAÚL LARRA se ha referido a las “continuas correcciones a que [fue] sometido el manuscrito” de *El juguete rabioso*, aunque no ofrece en su biografía pruebas de las mismas (*op. cit.*, p. 31). Algunos capítulos de sus novelas siguientes, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, publicados con anterioridad en revistas (por ejemplo, “Un alma al desnudo”, de *Los lanzallamas*, que aparece en la revista *Azul* en 1931), permiten apreciar el trabajo considerable de reescritura de Arlt. Este capítulo aparece reproducido en M. ARLT y O. BORRÉ, *op. cit.*, pp. 179-185. En un estudio sobre los cuentos de Arlt, BORRÉ ha mostrado el trabajo a que el escritor sometía un mismo relato: “Cuentos de Roberto Arlt: una poética de la reescritura” (*Hispam*, 1994, núm. 68, 79-86).

²⁴ Las citas entrecomilladas pertenecen a RAYMONDE DEBRAY-GENETTE, “Génétique et poétique: le cas Flaubert”, en *Essais de critique génétique*, Flammarion, París, 1979, pp. 21-67. La autora propone que ante la noción de evolución (o progreso hacia el texto final) que ha caracterizado por lo general el estudio de “fuentes”, habría que “otorgarle [a la genética] un funcionamiento más autónomo, otorgarle su propia poética” (p. 25; nosotros traducimos). Remitimos, asimismo, al volumen editado por LOUIS HAY, *La “naissance” du texte*, José Corti, París, 1989.

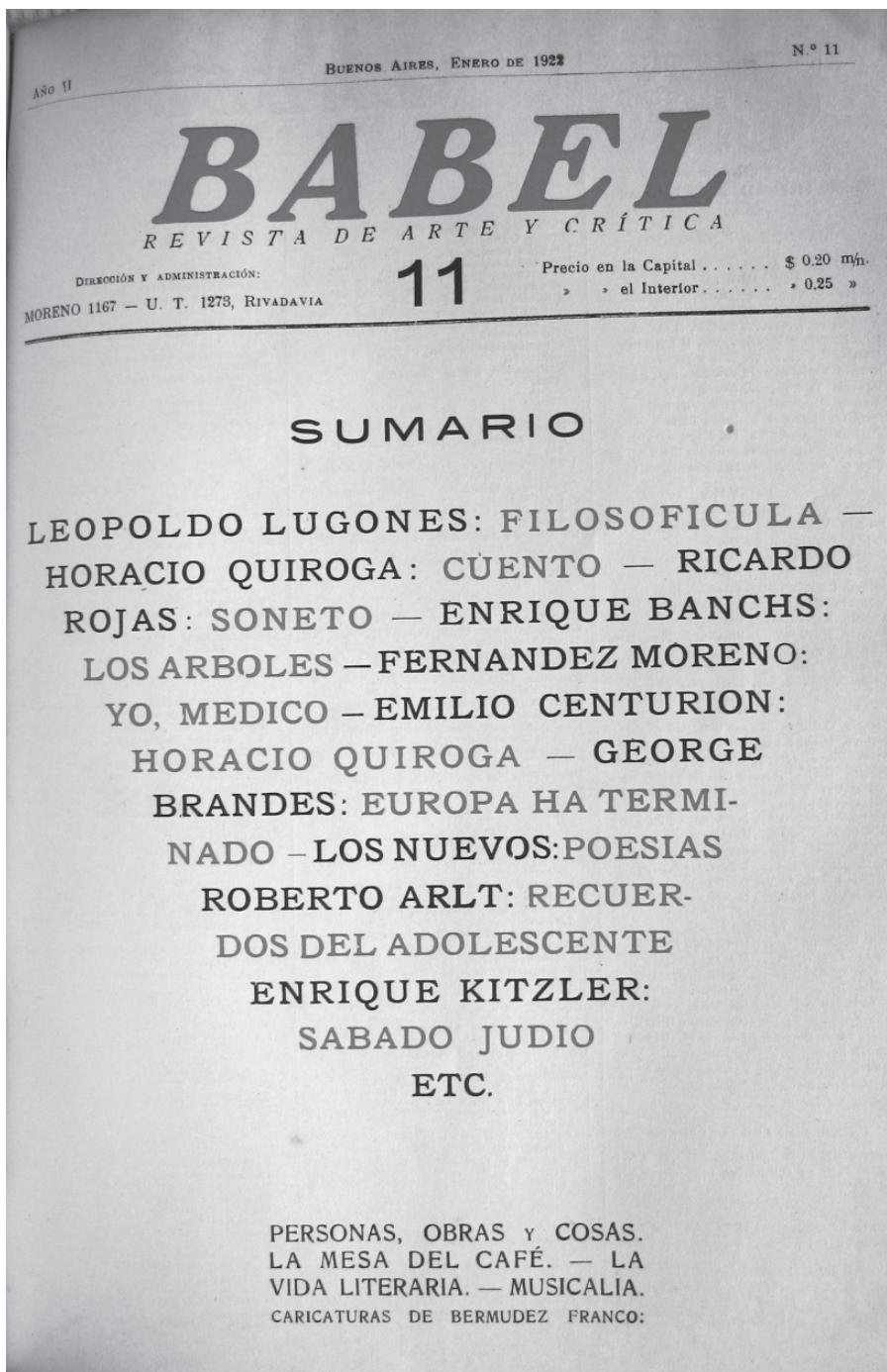
to, la novela no tiene todavía título y el personaje y narrador en primera persona no aparece nombrado. Los dos aspectos más destacados del fragmento, que desaparecen de la versión final, tienen que ver con el trabajo del personaje como obrero, aquí representado, y con la política, concretamente, las ideas anarquistas que el adolescente va incubando en sus lecturas nocturnas. El fragmento aparece dividido –con una separación tipográfica– en dos partes, que corresponden a los trabajos del narrador, primero como aprendiz de pintor, y en la segunda, como hojalatero en los suburbios de la ciudad. Ambas partes concluyen con una proyección social y política que tiene su origen en el trabajo y las penurias del narrador adolescente: en un caso, se abre paso una fantasía exaltada, omnipotente, de destrucción nihilista de las ciudades y, en el otro, termina (y con ello este “fragmento” de novela) con una reflexión desencantada de la lucha de clases y la naturaleza moral de los oprimidos que nada tiene que ver con la visión idealizada de algunos de los utopistas²⁵ o incluso de Marx para quien un cambio en las circunstancias materiales traerá aparejado un cambio en el individuo.

Si bien la escena original del capítulo segundo de *El juguete rabioso* está ya esbozada en 1922, aparece aquí al desnudo y en forma mucho más escueta. Se trata de un breve diálogo inicial entre madre e hijo en el que la primera palabra importante es también, como en la novela, el trabajo: “Es necesario que trabajes –ha dicho mi madre”. A pesar del rencor con que el joven la mira, acepta inmediatamente: “Está bien, mamá –he contestado sombrío. –Trabajaré”. En la novela, en el extenso diálogo que sigue al pedido o exhorto materno, Silvio Astier, que está leyendo, se resiste y empieza por descartar, con la tácita aprobación de la madre, los trabajos que considera más bajos o humillantes, los que aparecen precisamente en la versión descartada:

- En *La Prensa* siempre piden...
- Sí, piden lavacopas, peones... ¿quiere que vaya de lavacopas?
- No, pero tenés que trabajar... (p. 128).

Todo el capítulo, en la novela publicada, girará entonces en torno a su primer trabajo, el de dependiente o vendedor de libros usados en una calle céntrica de Buenos Aires. Se trata también del primer intento de inserción social del protagonista, un intento que fracasa (al igual que otros, narrados en los subsiguientes capítulos) y que viene después de las aventuras juveniles –inventos y robos– del grupo de amigos reunidos en el “Club de los Caballeros de la Media Noche”.

²⁵ Poco antes, en “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”, ARLT terminaba con una referencia más optimista o confiada en las ideas utopistas de Saint Simon (*op. cit.*, p. 35).



Recuerdos del adolescente

por

Roberto G. Arlt

Fragmento de una novela
en preparación.

Es necesario que trabajes — ha dicho mi madre.

Yo la miré con rencor sin responder.

—Es necesario que trabajes. Tú no has querido estudiar. Has abandonado una carrera provechosa. Y qué haremos, si tu padre ha muerto? Es necesario. Lo poco que ha dejado alcanza a duras penas para costear los estudios a tu hermana. Piensa, hijo mío.

—Está bien, mamá — he contestado sombrío. — Trabajará.

Y fui aprendiz de pintor.

Con papel de vidrio y aguarrás limpiaba puertas tendidas sobre caballetes, y mis dedos se despegaban.

A veces se doblaba mi cuerpo bajo el peso de las escaleras, y desflecidos caían mis brazos cuando con gruesos pinceles blanqueaba con cal interminables muros.

Y me sentía vencido.

A mediodía con otros obreros almocabamos en los despachos de bebidas de los almacenes. Nos servían un plato de sopa, otro de puchero, un panecillo y un vaso de vino tinto.

Después fatigados dormitábamos el tiempo que restaba en habitaciones vacías y polvorrientas, donde respirábamos un aire cargado con penetrantes olores de pintura fresca.

Era una hora en que la pesadez de la digestión me traía en el semisueño visiones truncaas con frialdades de panoramas metálicos y con tumultos en ciudades lejanas y exóticas, a la orilla de mares tranquilos o al comienzo de dilatados desiertos.

Al crepúsculo, regresaba extenuado y huraño. Un dolor lentísimo me entumecía el alma.

En silencio cenábamos en la cocina. La lámpara de petróleo con su luz turbia arrojaba de los objetos grandes sombras en los mosaicos.

Mi hermana, pensativa y pálida callaba, nuestra madre preocupada miraba al vacío. Después nos apartábamos. Ocultándonos sufrimientos que provocaban realidades que no nos queríamos delatar el uno al otro, no hacíamos más que exasperarnos sordamente.

mentre contra algo desconocido que no podíamos afrontar.

Yo alternaba mis lecturas de Proudhón y Bakunine con el estudio de la química de los explosivos, y traducía del francés: la composición del dinámogeno es: Prusíato amarillo de Potasa, 17 partes; agua, 150 partes; carbón de madera, 17 partes.

Un regocijo extraño el de asimilar nociones de potencia destructora utilizables en cualquier momento de voluntad suprema, jugaba en mis peñadillas, y comprendía que éramos numerosos aquellos que vislumbrábamos a través de las llamaradas y remolinos de humo negro del incendio, hacinarse las ciudades, unas sobre otras bajo una bóveda de trozos de hierro y ceniza aventados a los espacios por el formidable aliento de la explosión.

Júbilos penetrantes me dilataban la caja del pecho y aspiraba con fruición el viento de la tempestad, que concretaban las fórmulas de admirable simplicidad destructora.

Anonadado por placeres fuertes me decía: hé aquí que la omnipotencia está a merced de los audaces, de todos aquellos que no guardan reparo en sus designios y que estén dispuestos a suplantar la injusticia legal por la injusticia del terror.

Y yo distinguía en las distancias ávidamente azules de las noches más preclaras y luminosas, diseñarse la forma de un símbolo que futuras humanidades adorarían.

Ha llegado el invierno y mi amo es ahora un hojalatero cuya cultura reside en los pueblos suburbanos.

Nada más horrible que en esas mañanas fríidas chapotear en el barro de las calles desempedradas y solitarias con la pesada bolsa de cuero colgada a un costado.

Hileras de árboles prolongan el húmedo camino. Involuntariamente muchos sentimientos nuevos resarcen en presencia de esos pueblos sencillos cuyos habitantes se ocultan en las viviendas que circundan los bosques de las quintas.

En construcciones a mitad edificar

colocábamos canaletas de zinc en la armazón de madera de los tejados.

Distinguímos horizontes plomizos, variados por agolamientos de nubes oscuras, distancias verdegrises, y nos llegaba el estridente ulular de las locomotoras lejanas, de las cuales solo veíamos un raudo penacho de humo negro blanco.

Penetrantes celliscas nos humedecían las ropas y mojaban el rostro como un sudor helado, mientras que abajo los peones amasaban fango o apagaban la hervorosa cal en triangulares estanques de madera.

Arriba, en el techo de la galería, estabábanos tubos de plomo. El amarillo ácido muríatico humeaba desagradablemente, y el viento entorpecía el trabajo desviando la afilada llama del soplete, en tanto que los carpinteros colocaban alfajías en los tirantes de los pisos, de los que nos llegaba un acre olor campestre.

Nosotros trabajábamos sin pronunciar palabra y cólericos odiando los materiales, las herramientas y esas viviendas, en las que abandonábamos un inextinguible sentimiento de envidia y brutalidad; quizá el dolor de no habitarlas nunca.

Yo a veces permanecía perplejo frente a las torpezas espirituales que descubría bajo aquellos rostros toscos, cual si fueran modelados a martillazos, de sólidos maxilares y deprimidas frentes, de manos veludas y de ojos de córneos surcadas por venas rojas, rostros y cataduras de estupidores y bandidos que abandonan su despótico salvajismo y la obscura intención de las palabras cuando el amo, un ex obrero enriquecido, con vigilante mirada, les observaba escudriñando simultáneamente los materiales.

Y pensaba entonces, cuando sentía violado por brutales conversaciones mi principio de belleza inmortal al que yo quería nutrir con todo lo delicado y escogido que diera el hombre a sus semejantes:

los estados sociales en nada modificarán la psique de estos esclavos. Conservarán eternamente bajo la férula de cualquier domador sus hábitos y modalidades, confirmando la ley que la naturaleza ha impuesto a los organismos que sustentan.

Y si ellos vociferaban en los lugares públicos no era por amor a un principio de igualdad despreciable, mas sí por el deseo de semejar sus existencias en el placer y el goce, a la de aquellos que respetaban aislados, humillándose por el poder de su oro.

Aunque los libros o, mejor, la alternancia de trabajos y lecturas²⁶, tal como aparece ya en este fragmento de 1922, seguirá pautando la estructura de la novela publicada en 1926, desaparecen de la versión final tanto los trabajos “penosos”²⁷ de peón u obrero de la construcción de “Recuerdos del adolescente” como sus exaltadas lecturas de Proudhon y Bakunin, con las que imagina la destrucción futura de las ciudades. Si los sueños de omnipotencia del adolescente, gracias a “fórmulas de admirable simplicidad destructora”, son eliminados por Arlt de la trama de *El juguete rabioso*, no desaparecen por ello del imaginario del autor, ya que anticipan en más de un sentido las fantasías y delirios que rodearán unos años después el proyecto de revolución del Astrólogo, personaje central de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*.

En el texto publicado en *Babel*, contrariamente a lo que han señalado varios críticos de la obra de Arlt, por lo menos desde el libro de Diana Guerrero²⁸, el escritor porteño no “anula el trabajo alienado”²⁹, este trabajo que también para Ricardo Piglia, “sólo produce miseria, es decir miseria de signos narrativos”³⁰. La vertiente más sórdida y degradante del trabajo, que no reencontramos en ninguna de las obras publicadas posteriormente por Arlt, aparece en toda su crudeza, sin que la descripción caiga en la commiseración, el miserabilismo y el proselitismo moral de los escritores del grupo de Boedo. El trabajo agota al joven no sólo física sino moral y anímicamen-

²⁶ Alternancia también, en la novela, con los delitos ya que la literatura folletinesca (los “cuarenta y tantos tomos” de Ponson du Terrail) alimenta la imaginación de Silvio Astier en el primer capítulo cuando los jóvenes amigos se inician en el robo y, en el capítulo final, “Judas Iscariote”, a la hora de delatar y traicionar al Rengo.

²⁷ En el primer capítulo, “Los ladrones”, Astier se refiere al “dinero vil y odioso porque hay que ganarlo con trabajos penosos...” (p. 105). También en “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”, un texto a medio camino entre la ficción y lo autobiográfico, el escritor alude al “intervalo harto penoso y desilusionador” en el que ejerce diversos oficios hasta que “descorazonado, hambriento y desencantado, sin saber a quién recurrir porque mi joven orgullo me lo impedía, llené la plaza de vendedor, en casa de un comerciante en libros viejos” (*op. cit.*, p. 13).

²⁸ Roberto Arlt, *el habitante solitario*, Granica Editor, Buenos Aires, 1972. En el mundo de Arlt, y concretamente en *El juguete rabioso*, el trabajo es “necesariamente el lugar donde se descubre la humillación” (p. 28). Es significativo que en *Los siete locos*, la novela empieza en el preciso momento en que Erdosain es despedido de la compañía en la que trabaja de cobrador. Hacia el final de su estudio, Guerrero apunta que “el proletariado está ausente de su obra... y si cabe decirlo así, su lugar literario está ocupado por el lumpen, del cual el individuo busca separarse y diferenciarse” (p. 187). Ausencia del proletariado, falta de solidaridad entre marginados, alternativas revolucionarias equivocadas, perspectiva pequeño burguesa de la lucha de clases, éas han sido algunas de las lecturas ideológicas de la obra Arlt. Véase también, de BEATRIZ PASTOR, *Roberto Arlt y la rebelión alienada*, Hispamérica, Gaithersburg, 1980.

²⁹ Véase GLEN S. CLOSE, *La imprenta enterrada. Baroja, Arlt y el imaginario anarquista*, Beatriz Viterbo, Rosario, 2000, p. 132.

³⁰ “Roberto Arlt: la ficción del dinero”, *Hispam*, 1974, núm. 7, p. 25.

te: alude al regreso nocturno a casa “extenuado y huraño” y agrega: “Me sentía vencido”. El único contrapeso a este “dolor lentísimo [que le entumece] el alma” son los libros, entendidos no sólo como un contrapunto a la miseria y derrotas cotidianas, sino también como disparadores de la rebeldía y rabia acumuladas por el joven.

Aunque no se trate de buscar, como lo ha intentado buena parte de la crítica arltiana, un sistema ideológico coherente en sus novelas, hay que reconocer que la alusión a las lecturas, en este fragmento, de dos de los mayores pensadores anarquistas del siglo XIX constituyen llamados a la rebeldía que se complementan con la veta inventiva del personaje –una característica que compartirán casi todos los futuros personajes de Arlt–, concretamente el estudio de la “química de los explosivos”: “Yo alternaba mis lecturas de Proudhon y Bakunin con el estudio de la química de los explosivos, y traducía del francés: la composición del dinamógeno es: prusiato amarillo de potasa, 17 partes; agua, 150 partes; carbón de madera, 17 partes”³¹. La aventura del cañón artesanal confeccionado por Astier en su infancia (en “Los ladrones”) y su posterior paso por la academia militar en donde demuestra sus conocimientos sobre explosivos, son los únicos pasajes de la novela en los que Arlt conserva esta pasión del adolescente de 1922, pero no se combinan ya con incendiarias lecturas anarquistas³². Y sigue diciendo el narrador adolescente de 1922:

Un regocijo extraño el de asimilar nociones de potencia destructora utilizables en cualquier momento de voluntad suprema, jugaba en mis pesadillas, y comprendía que éramos numerosos aquellos que vislumbrábamos a través de las llamaradas y remolinos de humo negro del incendio, hacinarse las ciudades, unas sobre otras[,] una bóveda de trozos de hierro y ceniza aventados a los espacios por el formidable alieno de la explosión... Anonadado por placeres fuertes me decía: he aquí que la omnipotencia está a merced de los audaces, de todos aquellos que no guardan reparo en sus designios y que estén dispuestos a suplantar la injusticia legal por la injusticia del terror.

³¹ Hay tal vez en este pasaje alguna huella de las fórmulas sobre fabricación de bombas que solían acompañar los folletos o periódicos anarquistas de finales del siglo XIX y principios del XX (en el período que se conoce como “propaganda por la acción”), en los que también se podían “leer exhortaciones de este género: «¡La dinamita! El mejor de los inventos»” (cf. JAMES JOLL, *Los anarquistas*, Grijalbo, Barcelona, 1968, p. 129).

³² Es cierto que en “Los ladrones” el joven Astier se entusiasma también con su cañón, “mi pequeño monstruo” lo llama, y que fantasea con el poder que le da su invento: “...nos parecía que en aquel momento habíamos descubierto un nuevo continente, o que por magia nos encontrábamos convertidos en dueños de la tierra” (*El juguete rabioso*, pp. 93 y 94). En *Los lanzallamas* se identifica a Erdosain como un “práctico en explosivos” en la visita que hacen el Astrólogo y Erdosain a la imprenta clandestina de los anarquistas (*Los siete locos* y *Los lanzallamas*, p. 450).

Esta “ilusión terrorista”³³, apuntada en este fragmento, reaparecerá con fuerza en las siguientes novelas de Arlt. La conspiración, dirigida ahora por un “alquimista de la revolución”, el Astrólogo, logrará seducir y arrastrar a las “fuerzas perdidas” (“locos”, marginados) de la sociedad³⁴. No se tratará ya de las ensoñaciones solitarias de un adolescente sino de un grupo que tiene un plan revolucionario que se discute en interminables reuniones en la quinta de Temperley. Si en el fragmento del año 1922 están claramente imbricados trabajo alienado y sueños nihilistas de destrucción total, en la novela, por el contrario, Astier se defenderá en dos ocasiones de la sospecha o asociación que hacen otros de los personajes entre sus inventos (y lecturas) y el anarquismo: primero, en la visita al teósofo Timoteo Souza y, posteriormente, en el diálogo que sostiene con los militares de la Escuela Mecánica de Aviación para su posible admisión. Al hablar con éstos de sus intereses y de su “biblioteca”, Astier explica que: “[tiene] los mejores autores: Baudelaire, Dostoievski, Baroja”, lo cual provoca la desconfianza inmediata del militar que comenta: “Che, ¿no será anarquista éste?”, a lo que contesta Astier, “No, señor capitán. No soy anarquista. Pero me gusta estudiar, leer” (p. 170)³⁵.

En un estudio sobre el “imaginario anarquista” en las obras de Baroja y Arlt, Glen Close apunta que las afinidades anarquistas de Arlt han sido señaladas una y otra vez pero raramente estudiadas en sus obras³⁶. Hay en efecto múltiples referencias al anarquismo en Arlt y

³³ Cf. WALTER BENJAMIN, “El París del Segundo Imperio en Baudelaire”, en *Iluminaciones II*, pról. y trad. J. Aguirre, Taurus, Madrid, 1999, p. 26. En este estudio, Benjamin retoma y comenta las ideas de Marx sobre los conspiradores profesionales que vienen al caso para los personajes de Arlt: “se lanzan a invenciones que han de lograr milagros revolucionarios; bombas incendiarias, máquinas destructivas de mágica eficacia” (p. 25). Poco después, Benjamin cita de nuevo a Marx y su descripción de los conspiradores: “Son los alquimistas de la revolución y comparten por entero el desconcierto de ideas y las orejeras y las ideas fijas de los alquimistas antiguos” (p. 30). En nuestro estudio sobre la sociedad secreta destacamos el papel central de los procedimientos mágicos en los delirios de sus integrantes (cf. “La sociedad secreta y la revolución simulada”, en *El obsesivo circular de la ficción. Asedios a “Los siete locos” y “Los lanzallamas”* de Roberto Arlt, F.C.E.-El Colegio de México, México, 1992, pp. 49-67).

³⁴ Dice el Astrólogo en su “discurso”: “Estos locoides que no encuentran rumbos en la sociedad son las fuerzas perdidas” (*Los siete locos* y *Los lanzallamas*, p. 151).

³⁵ La relación entre anarquismo y literatura finisecular, apuntada en la novela, ha sido bastante estudiada en el Modernismo, y es precisamente un tema que retoma JOSEFINA LUDMER en su estudio sobre el delito en la literatura argentina, tratando de mostrar la genealogía entre el anarquismo literario de un Juan José de Soiza Reilly, a principios del siglo XX, y los cuentos de “iniciación” de Arlt, “iniciación” primero en el ocultismo, y después en *El juguete rabioso* en el delito y en la literatura (“Historia de un best-seller: del anarquismo al peronismo”, en *El cuerpo del delito. Un manual*, Perfil Libros, Buenos Aires, 1999, pp. 301-351).

³⁶ Cf. G.S. CLOSE, *op. cit.*, p. 132. Close dedica un capítulo entero a Arlt (“Arlt: el ficticio cuerpo revolucionario”) y son las novelas de la conspiración (*Los siete locos* y *Los lanzallamas*) las que lo ocupan mayormente.

su primer biógrafo, Raúl Larra, recuerda que su iniciación literaria se verifica en una biblioteca de barrio “[donde] influyen los anarquistas”³⁷. Se podría aludir también a una de sus “autobiografías humorísticas” publicadas en la revista *Don Goyo*, en 1926, en la que recuerda la indignación que le provocó, a los nueve años, el fusilamiento en Montjuich de Ferrer, el fundador de la Escuela Moderna, y las historias que corrían en Buenos Aires sobre la organización secreta anarquista de la Mano Negra³⁸. Al presentar su novela *Los siete locos* en una crónica publicada en *El Mundo*, Arlt justifica la actuación de sus personajes al decir que “no he hecho más que reproducir un estado de anarquismo misterioso latente en el seno de todo desorientado y locoide”³⁹. Podría asimismo recordarse que el propio Arlt fue censurado años después por los ideólogos del partido comunista argentino, por su individualismo y su cercanía con “la teoría de las minorías selectas, propias del anarquismo y tan extrañas al marxismo”, cuando empezó a escribir para el periódico obrero *Bandera Roja*, en 1932⁴⁰.

En el fragmento rescatado en la revista *Babel* está presente, por lo tanto, “esta dimensión política” de la rebelión de Astier que echa de menos Close en *El juguete rabioso*, no sólo por las lecturas anarquistas que hace el adolescente, sino también por la visión totalmente escéptica de la lucha de clases que manifiesta el narrador anónimo de “Recuerdos del adolescente” al final del fragmento. Al referirse al trabajo y a la explotación de que es víctima junto con los demás obreros, el joven asume un pasajero “nosotros”, como si existiera entre ellos una incipiente solidaridad o comunidad: “Nosotros trabajábamos sin pronunciar palabra y coléricos[,] odiando los materiales, las herramientas y esas viviendas, en las que abandonábamos un inextinguible sentimiento de envidia y brutalidad; quizá el dolor de no

³⁷ Cf. LARRA, *op. cit.*, p. 24.

³⁸ Véase M. ARLT y O. BORRÉ, *op. cit.*, pp. 221-224. En otra autobiografía y en un lenguaje claramente anarquista, Arlt expresa en 1929 el dilema interior del escritor, escondido entre “escribir deshechos de pena” o “salir a la calle a tirar bombas o a instalar prostíbulos” (pp. 217-218). Como reportero de *El Mundo*, ARLT presencia en Buenos Aires la ejecución del anarquista Di Giovanni y escribe una crónica (“He visto morir”, 2 de febrero de 1931) sobre este suceso. Di Giovanni aparece furtivamente en una nota a pie de página del comentador en *Los lanzallamas* (publicada el mismo año de su ejecución) y es difícil olvidar, en las páginas finales de la novela, la actitud del “padre del Jefe Político del distrito” ante el cadáver de Erdosain: “se acercó a la angarilla donde reposaba el muerto y escupiéndole al semblante, exclamó: –Anarquista, hijo de puta, tanto coraje mal empleado” (*op. cit.*, p. 598).

³⁹ Véase “*Los siete locos*” [*El Mundo*, 27 de noviembre de 1929], en M. ARLT y O. BORRÉ, *op. cit.*, p. 154.

⁴⁰ Cf. JOSÉ ARICO, “La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas”, en *La Ciudad Futura*, diciembre de 1986, núm. 3, p. 22. La colaboración de Arlt en el periódico se interrumpe después de la polémica. Colabora también por poco tiempo ese mismo año de 1932 en una revista política de orientación marxista, *Actualidad*, con artículos sobre huelgas obreras y desocupados (cf. SAÍTTA, *op. cit.*, pp. 113-133).

habitarlas nunca". Pero se da un cambio abrupto de registro cuando el adolescente se distancia de los obreros que trabajan con él para examinarlos fríamente y describirlos con una mirada que no excluye, incluso, cierto determinismo genético:

Yo a veces permanecía perplejo frente a las torpezas espirituales que descubría bajo aquellos rostros toscos, cual si fueran modelados a martillazos, de sólidos maxilares y deprimidas frentes, de manos velludas y de ojos de córnea surcadas por venas rojas, rostros y cataduras de estupradores y bandidos que abandonaban su despótico salvajismo y la obscena intención de las palabras cuando el amo, un ex obrero enriquecido, con vigilante mirada, los observaba escudriñando simultáneamente los materiales.

Las "brutales conversaciones" de los obreros "[violaban] mi principio de belleza inmortal", agrega el narrador, en una lucha interna (todavía de signo finisecular) entre ideal y esteticismo por un lado y por otro vulgaridad y obscenidad. Por último, sostiene que "los estados sociales en nada modificarán la psquis de estos esclavos. Conservarán eternamente bajo la férula de cualquier domador sus hábitos y modalidades, confirmando la ley que la naturaleza ha impuesto a los organismos que sustentan". En este pasaje hay sin duda una huella del Proudhon del *Sistema de las contradicciones económicas*, de un conocido y muy citado pasaje en que el pensador anarquista expresa sus dudas y desconfianza en la naturaleza del hombre, proclive a todos los vicios⁴¹. Desde su óptica, no bastará por lo tanto con cambiar o revolucionar las instituciones, debe asimismo estimularse una reforma moral del hombre. En ese sentido el final de "Recuerdos del adolescente" no puede ser más desalentador:

Y si ellos [los obreros] vociferaban en los lugares públicos no era por amor a un principio de igualdad despreciable, mas sí por el deseo de semejar sus existencias en el placer y el goce, a la de aquellos que respetaban aislados, humillándoseles por el poder de su oro.

Aunque es decisiva la impronta anarquista del joven en las fantasías nocturnas que pergeña, en este anticipo de *El juguete rabioso* no hay ningún asomo de optimismo en el futuro, o de utopía, que recorrerá el ficticio proyecto revolucionario de las novelas centrales de Arlt. La rabia del adolescente no desemboca tampoco en una conde-

⁴¹ "...el hombre, antes que el destino lo convierta en tirano o en esclavo, es tirano o esclavo por voluntad propia; el corazón de los proletarios es como el de los ricos, un sumidero de ardiente sensualidad y un antró de suciedad e hipocresía... El mayor obstáculo que la Igualdad ha de vencer no es el aristocrático orgullo de los ricos, sino el egoísmo indisciplinado de los pobres" (Pierre-Joseph Proudhon citado por J. JOLL, *op. cit.*, p. 59).

na de la explotación capitalista: prevalece al contrario una visión desencantada y escéptica de los cambios sociales. Como sostiene Piglia, en la novela que finalmente publica Arlt en 1926, hay que leer de otro modo lo político: "...en las dificultades y los desvíos del acceso a la cultura... *El juguete rabioso* es una novela política en ese sentido: contraria a toda ilusión liberal y a cualquier modelo «progresista» de acceso libre a la cultura"⁴².

Las lecturas del protagonista seguirán siendo esenciales para hacer progresar la narración, pero en la novela se diversifican: folletines, manuales científicos, Nietzsche, Baudelaire, Dostoevski, Baroja. Cada capítulo de la novela gira en torno a estas lecturas y son las que van modelando la conducta de Silvio: robos, falsificaciones, inventos y, finalmente, en "Judas Iscariote", la traición al Rengo. Entre los varios aprendizajes de Astier, será central el que lo convierte precisamente de voraz lector en "escritor"⁴³. De este fragmento recuperado persiste, de igual manera, la forma que tendrá la novela: se trata ya de "memorias" o "recuerdos" del adolescente.

El fragmento recuperado de *El juguete rabioso*, valioso testimonio de una novela fundacional de la literatura argentina del siglo xx, revela un momento temprano de su escritura, una escritura en gestación, dinámica, buscando su camino.

ROSE CORRAL

El Colegio de México

⁴² Introducción a R. ARLT, *El juguete rabioso*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1993, pp. 10-11.

⁴³ Han trabajado este aspecto de la novela (o sea la conquista de una escritura), GERARDO MARIO GOLOBOFF ("La primera novela de Roberto Arlt: el asalto a la literatura", *RCLL*, 1975, núm. 2, 35-49), ADEN HAYES (*Roberto Arlt, la estrategia de su ficción*, Tamesis, London, 1981) y, últimamente, RITA GNUTZMANN ("El juguete rabioso: del aprendizaje a la escritura", en *Roberto Arlt: innovación y compromiso*, Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos-Edicions de la Universitat de Lleida, 2004, pp. 25-42).